



MIGUEL DE UNAMUNO

las mayor del Reino. Acepte este importantísimo oficio, pero en otro sentido que en aquel en que se lo echan en cara, y evite que descarrille el tren. Obligue al vagón—al vagón que ya sabe—a ir por donde debe y no por donde quiere. Y sobre todo, señor Dato, negocios limpios. Que en esta edad de "financieros" improvisados y de agiotistas, toda claridad es peccá.

A lo mejor es, más que otra cosa, petulancia; que por creerse uno un financiero, con talento para los negocios, se deja meter en los más turbios y, una vez en ellos, no se sabe a qué le precipitan. Lea el "Juan Gabriel Borkman", por ejemplo.

Ahora guerra usted forjar, señor Dato, un Parlamento y llevar a él una mayoría. Pero no es cuestión de número. Con unos pocos que sepan hablar claro y poner de cara las cartas y tirar del tapete, basta. El escándalo puede ser eficaz. Y no se vira negar, no! Ni cabrá hacer silencio. Ni servirá hacerse el sordo. Diga, señor Dato, que no sirve taparse los oídos y que hay rumores que hacen más daño que un estrepido estrepitoso cualquiera. Hay que vivir en claro.

? El orden actual, señor Dato? Bueno, pase, pero limpio? eh? limpio. No, nos satisface a todos ese orden, somos muchos—cada vez más—los que sentimos la necesidad de que cambie, y de raíz, el actual régimen económico-social, pero, en tanto, somos muchos también los que sabemos que de un organismo podrido sólo sale otro podrido también.

El título de "consejero" va tomandó un sentido nada digno, señor Dato. Si, pues, aconsejere en el otro sentido, en el noble, en el digno. Y no se olvide de Juan Franco, el que llegó tarde.

? Rumores? ? Calumnias? ? Voces del arroyo? No, no son del arroyo. Las voces vienen del cotarro mis- mo, de los amigos? ? Amigos? No más bien conocidos? ! Qué espartosas soledad!

Se dijo de España antaño que era un presidio suelto. Hoy es, además, una timba abierta, otro Principado de Mónaco. Y un nido de agiotistas de toda laya.

Repase, señor Dato, la historia reciente del reinado de don Carlos de Braganza en Portugal, vez como se le hizo allí conde a cierto aventurero belga—otro—que obtuvo el monopolio de los tabacos y proveía al desgraciado soberano de diversas provisiones; estudie lo de los "adelantamientos" y otros negocios de aquella Casa. Verá que luego, cuando al fin se oía el trueno de la indignación pública, se echó mano de Juan Franco, que no era un reaccionario ni mucho menos; no! y que intentó enfrenar antes que a nadie al propio don Carlos. Porque no, Juan Franco, el hombre de la energía supuesta—un Weyler, un Cierwa, un Lerroux...—no era un reaccionario; no era más reaccionario que Lerroux, pongamos por caso de gubernamental. Y Franco hasta intentó gobernar de acuerdo con los republicanos portugueses de entonces y con su ayuda! Pero era ya tarde! No cabía levantar las puestas. Y al fin vino lo que vino, la tragedia lamentable y fatídica, el suicidio del pobre don Carlos—ciego hasta su muerte—por mano del pobre Buica, otro desesperado. Juguetes todos del hado. Y! luego la disolución! Repase, señor Dato, repase ese capítulo reciente de historia ejemplar. Y luego sepa aconsejar. Y con energía.

Mire, señor Dato, que son ya secretos a voces cosas lamentables... Le llaman, por escarnio, guardaagu-

